

## La corrupción... *c'est la vie*: a propósito de *La última fiesta de Ángeles Salvador*

*Corruption... C'est la Vie: About La Última Fiesta of Ángeles Salvador*

**Silvia Rosa**

Universidad de Lausana

ORCID: 0000-0001-7594-4450

**Date of reception:** 01/05/2024. **Date of acceptance:** 26/11/2024.

**Citation:** Rosa, Silvia. "La corrupción... *c'est la vie*: a propósito de *La última fiesta de Ángeles Salvador*". *Revista Letral*, n.º 35, 2025, pp. 315-339. ISSN 1989-3302.

**DOI:** <http://dx.doi.org/10.30827/rl.voi35.30712>

**Funding data:** The publication of this article has not received any public or private finance.

**License:** This content is under a Creative Commons Attribution-NonCommercial 4.0 International (CC BY-NC 4.0) license.

### RESUMEN

El presente artículo pretende discutir los análisis en torno a la corrupción que se centran únicamente en su condena y delación moral. En este contexto, actuales pensadores encuentran ineficaces e insuficientes los tratamientos ordinarios sobre la cuestión y abogan por pensar diferentemente la cuestión intentando comprender los mecanismos internos de la dinámica corrupta a fin de recrear un ethos ciudadano. Partiendo de esta perspectiva, el presente estudio analiza la novela *La última fiesta* de la escritora argentina Ángeles Salvador desde la propuesta de la filosofía moral de Gaspard Koenig y la historiografía de Frédéric Monier, para quienes, las luchas anticorrupción deben tomar en cuenta una verdad irrefutable: vida y corrupción son términos inseparables.

**Palabras clave:** corrupción; vida; moral; ética; literatura argentina.

### ABSTRACT

This article aims to discuss the analyzes surrounding corruption that focus solely on its condemnation and moral denunciation. In this context, current thinkers find ordinary treatments of the issue ineffective and insufficient and advocate going further and trying to understand the internal mechanisms of corrupt dynamics in order to recreate the citizen ethos. Starting from this perspective, this text analyzes the novel *La última fiesta* by the Argentine writer Ángeles Salvador from the proposal of the moral philosophy of Gaspard Koenig and the historiography of Frédéric Monier, for whom anti-corruption struggles must take into account an irrefutable truth: life and corruption are inseparable terms.

**Keywords:** corruption; life; moral; ethics; Argentine literature.



Con esta declaración de principios Ángeles Salvador comenta a Ana Clara Pérez Cotten su novela *La última fiesta* dejando traslucir en la fascinación por la figura de los políticos una aguda reflexión acerca de la naturaleza misma de la corrupción: la ambigüedad, es decir, esa habilidad de la práctica corrupta para moverse entre lo mejor y lo peor del ser humano. Desde este punto de vista, la escritora argentina parece coincidir con el filósofo francés Gaspar Koenig en resaltar la inmensa contradicción que envuelven las figuras corruptas pendulando siempre entre una *cierta* admiración social, la tolerancia hacia sus prácticas y el escarnio y la denuncia intelectual y moral no sólo en la vida ordinaria sino en una historia de las ideas que va desde Aristóteles a Maquiavelo pasando por Cicerón, Dante o Kant. Empero, la ambivalente percepción que expresa Salvador continúa siendo silenciada e inasumible, según muchos intelectuales y ha contribuido a los pobres resultados en términos de lucha contra el fenómeno a gran escala en las actuales democracias occidentales<sup>1</sup>. No se ha podido hablar del tema desde una mirada que no sea condenatoria y punitiva. Esto ha impedido analizar el fenómeno en profundidad e intentar comprender su funcionamiento y alcance en todos los sectores de la sociedad. Interesante resultan las meditaciones de académicos como Carole Gomez, Sylvie Matelly, Gaspard Koenig, Frédéric Monier, Olivier de France o Thierry Ménissier, por citar sólo el campo intelectual francés con el que trabajaremos<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Quizás uno de los intentos más fructíferos actualmente en términos de lucha anticorrupción esté siendo llevado a cabo por la organización holandesa Governance & Integrity, entidad fundada por tres filósofos que se dedica a trabajar con casos puntuales en los que se busca mejorar la integridad de los sistemas públicos implicados. En su labor subyace una visión muy pragmática de la corrupción, visión que descrea de las recetas uniformes y concluyentes, tales como purgas masivas, políticas de tolerancia cero, oficinas de control o penas más duras. Para G&I un decrecimiento de la corrupción –tal como la entendemos en su acepción más común– debe provenir de un profundo conocimiento de las circunstancias e historias locales, del funcionamiento de las organizaciones, de la naturaleza humana y del restablecimiento de un alto nivel de confianza interpersonal e institucional. Visitar: <https://gi-international.com/about-gi/>. Asimismo, aconsejamos la lectura de los estudios geopolíticos de Pascal Boniface.

<sup>2</sup> En nuestra contribución nos centramos, por cuestiones de eficacia y claridad expositiva sólo en los trabajos de Monier y Koenig pero la reflexión desde esta óptica se expande a pensadores tanto anglosajones, germánicos como ibéricos: Zygmunt Bauman, Luís de Sousa, Marcelo Moriconi, Matías Dewey, Pérez-Liñan o Zavala Treviño. Incluso pensadores como Žižek hablan de la “denegación fetichista” en torno a estas prácticas, ver su obra *Sobre la violencia*, Barcelona, Paidós, 2009.

Según el historiador Frédéric Monier, la corrupción como tema de estudio ha sido constantemente aplazado y minimizado en la historiografía formal hasta los inicios del siglo veinte en los que se destaparon grandes escándalos que retuvieron la atención mediática (2013, 2014). En cuanto al tratamiento en la filosofía política, la principal dificultad para abordar esta cuestión, viene dada por la incomodidad moral que produce la idea de valorar positivamente el hecho político en tanto hecho corrupto, llanamente porque un poder sin corrupción sería un poder vacío, formal, sin eficacia empírica, débil y carente de realidad mundana ya que la naturaleza del poder es moverse entre las diferentes relaciones de fuerzas presentes en el seno de una estructura social, ya sea por imposición, por negociación, por influencia o por intercambio (Koenig 2009; De France y Gomez 2016).

Estos conflictos de tinte histórico-moral han hecho que tratar la corrupción sea una tarea muy áspera y reducida a su denuncia y reprobación. De allí, las estadísticas que miden los índices de corrupción, las denuncias mediáticas y las acusaciones usadas como moneda de cambio entre diferentes fracciones políticas en el campo electoral<sup>3</sup>. Frente a estas narrativas “puristas de la corrupción” –en palabras de Koenig– se alzan intelectuales que abogan por examinar la cuestión desde una perspectiva más amplia que permita describir las razones por las cuales este vicio privado se ha transformado en un “gran vicio colectivo” con una razonable aceptación social, puesto que a la corrupción “On la condamne de loin, on l’encourage de près” (Koenig 412). No se trata, entonces, para pensadores como Koenig y Monier de ovacionar o animar la corrupción, sino, de intentar comprender su funcionamiento, su génesis y desentrañar los fundamentos históricos, asociativos, emocionales y narrativos que la sostienen, con el objeto de escrudiñar el concepto más allá de su repertorio ordinario que lo revela en tanto noción “[a]ussi intuitivement parlante que mal définie” (Ménissier 11). Haciéndonos eco de esta demanda, analizaremos a continuación la novela *La última fiesta* (2021) de la escritora argentina,

---

<sup>3</sup>Baste como ejemplo la reciente denuncia por tráfico de influencias a la esposa del presidente español Pedro Sánchez y el aprovechamiento del evento desde todas las fracciones políticas, tanto conservadoras como progresistas.

Ángeles Salvador, pero antes, un brevísimo compendio de Monier y Koenig.

### **Una roca de Sísifo en la realidad histórica**

El retraso de este tema en los estudios históricos podría deberse según Frédéric Monier a dos herencias intelectuales: en primer lugar, al hecho de ver en la corrupción una “constante antropológica”, es decir, que, éticamente hablando, estaríamos imposibilitados de disminuir o hacer desaparecer esta práctica ya que sería innata de nuestra vida en sociedad y propia de una sociedad moderna. En segundo lugar, a partir del siglo XVIII la corrupción sería pensada como el síntoma de la dilación moral en una historia que avanzaría hacia un progreso decoroso merced a una voluntad política honorable y al desarrollo moral de toda una nueva élite de poder y de un pueblo responsable. Según esta visión de las cosas –sostiene Monier– la eliminación de la corrupción es posible –para decirlo en términos del siglo XIX– si privilegiamos la deriva civilizatoria, o si aseguramos un desarrollo real –según una palabra de la segunda mitad del siglo XX– (66). Vista de esta manera, la presencia de la corrupción en la historia sería, nos resume el académico, la de la resistencia a la modernidad política. No obstante, los recientes estudios sociológicos se distancian de esta visión tradicional a fin de progresar en la comprensión del fenómeno:

La corruption n'a, en effet, pas toujours qualifié les mêmes pratiques d'influence et de pouvoir, ni recouvert les mêmes idées. En bref, il s'agit d'une réalité politique et culturelle complexe. Son histoire n'est ni linéaire ni homogène, ainsi que cela apparaît lorsque l'on cherche à comprendre pourquoi la corruption a été perçue, à certains moments et dans certains pays, comme une atteinte grave au bien commun et une mise en danger de l'intérêt général (Monier 66).

Efectivamente, tratar la corrupción es acercarse a la contemporaneidad de cada acto y al tipo de contratos civiles y privados que se juegan en ese intercambio. Por ello Monier rastrea tres momentos históricos que fueron originando las distintas percepciones en torno a las prácticas corruptas y los consecuentes medios para enfrentarlas. A saber, en un primer tiempo, aparece la idea de que, tras periodos de “suciedad” política, la estructura

democrática que les sigue estará abocada a llevar adelante un proceso de “regeneración” basado en reformas legales, económicas y administrativas capaces de legitimar futuros valores cívicos para el bien común:

Le premier de ces moments historiques est celui où, pour la première fois, la corruption se transforme en problème politique. Cette évolution se produit durant la phase de transition, le Sattelzeit des historiens allemands, de la seconde moitié du XVIII<sup>e</sup> siècle à la première moitié du XIX<sup>e</sup>. En France, le choc décisif a lieu avec la Révolution de 1789, que l’on peut comprendre comme une tentative pour régénérer la nation en instaurant un ordre entièrement nouveau, reposant sur le patriotisme, la liberté, ainsi que la vertu (Monier 66).

Tras examinar el concepto de corrupción como un fenómeno complejo y multifacético, influenciado por factores culturales, sociales y políticos, y que ha sido abordado de diversas maneras en distintos períodos históricos Frédéric Monier recalca cómo la corrupción no sólo es una cuestión de prácticas ilegales sino también de percepciones y discursos que dejan ver las tensiones entre el ideal de integridad pública y las realidades del poder político dentro de un ideal de sociedad impregnado por una conciencia de progreso heredada de la Ilustración, según la cual la presencia de la corrupción en una nación sería prueba de atraso en la ruta de la moderación. Más adelante, los escándalos de Panamá en Francia hacia 1894 (caso Lesseps) brindaron no sólo toda una grilla de corrupciones pensables en el seno parlamentario, sino que se constituyeron como auténticos eventos periodísticos. Surge entonces la idea de la *publicación* como garante de la moralidad: las prácticas corruptas debían someterse al debate público en la prensa a fin de atemperar la indignación en las calles, aunque “Ces changements médiatiques ne signifient pas que la corruption disparaît. Encore une fois, les pratiques micropolitiques s’adaptent et les techniques de pouvoir (en este caso, la prensa y la manifestación callejera), d’influence et d’intérêt évoluent” (70).

Después de este momento de *publicidad*, el interés por la corrupción en tanto industria política disminuye hasta los años 1980 cuando resurgió tras la operación *Mani pulite* en Italia, con una renovada configuración: la sociedad descubre una nueva manera de hacer frente a la corrupción generalizada a través de la *creación* de agrupaciones civiles y partidistas que asuman la

tarea de entrar en política con el discurso de anticorrupción como bandera, a la vez que se crean movimientos transnacionales de *transparencia* destinados a elaborar, coordinar y homologar normas jurídicas compartidas por los países en su lucha contra prácticas muy variadas que fundamentalmente conciernen al financiamiento de lo público: prevaricación, clientelismo, fraudes electorales, coimas, fidelización partidaria, sobornos, malversación, entre otros<sup>4</sup>.

Desde esta óptica histórica, Monier sostiene –a partir de una lectura engelsiana– que toda modernización afecta a las formas de la micropolítica: desde el clientelismo aristocrático de las sociedades del Antiguo Régimen al clientelismo partidista actual los valores públicos y las concepciones del bien común han evolucionado significativamente, como también los mecanismos para enfrentar la corrupción y los niveles de tolerancia hacia estas experiencias. De este modo, todo análisis de la corrupción no sería un objetivo en sí mismo, sino un medio para entender cada ciudadanía en las sociedades en vías de modernización. De France y Gomez lo epitoman así: “La corruption n’opère que si elle suppose une pureté sociale préalable, dont elle s’écarte en tout. Immorale, mauvaise, condamnable, répréhensible, la corruption, réelle ou fantasmée, se définit donc toujours en creux, par opposition à une norme préexistante” (83).

### **La corruption, c’est la vie!**

En su obra *Les discrètes vertus de la corruption* (2009), el filósofo Gaspard Koenig presenta una reflexión a contracorriente de las hegemónicas en el imaginario colectivo subrayando que la corrupción siempre ha sido objeto de la persecución partidista, de la política penal, de la investigación periodística y de la sospecha pública, pero, en muy pocas ocasiones se la ha discutido desde el plano de la filosofía moral, simplemente porque se la concibe como una *evidencia del mal*. Sin embargo, si nos

---

<sup>4</sup>Para un análisis de la corrupción dentro de las relaciones internacionales remitimos a los estudios de Pascal Boniface para quien este aspecto se ha convertido en una cuestión estratégica en la agenda geopolítica internacional junto a la globalización y el desarrollo de las tecnologías de la información.



detenemos a pensar la naturaleza de nuestra humanidad, no hay destino más inconcuso que la corrupción, ya sea de la carne, ya sea del espíritu, pues un ser sin contaminación es un ser aislado, de piedra, incorrupto –es decir– *no humano* o *sobre-humano*. Por ello, aclama Koenig: “La corruption, c’est la vie” (2009). Apoyándose en *La fábula de las abejas* de Bernard Mandeville, la crítica kantiana, las teorías maussianas del *potlatch* y los principios sociales del hinduismo de Pavan Varma, Koenig reconoce la polémica y controvertida necesidad de aceptar indefectiblemente que la corrupción es parte imprescindible del ser humano para crear lazos de convivencia duraderos, personales y reales más allá de la homogenización de la ley, del dictamen mercantil y las aspiraciones virtuosas de un individuo que se pretende incorruptible:

Un certain niveau de corruption ne serait-il pas nécessaire pour pallier « l’inhumanité des codes » et la rigueur du droit des contrats, pour que les individus tissent entre eux des liens de dépendance plus durables qu’un acte d’achat ou de vente, pour échapper au diktat de la concurrence anonyme ? (773).

Según esta postura, la fustigación de lo corrupto como algo demoníaco provendría de la matriz judeocristiana de Occidente y no de una práctica proterva *per se*, tal como nos dejaron ver civilizaciones como la greco-latina o el hinduismo:

Là où les Grecs ne voyaient que des hommes soumis à des affects naturels, comme la faim, le sommeil ou le désir sexuel, le christianisme dénonce des concupiscences coupables et érige des péchés capitaux : gourmandise, paresse, luxure, etc. Ce qui appartenait à l’ordre naturel devient une occasion de regretter que l’homme ne soit pas Dieu. La vie idéale est celle qui s’approche déjà de l’incorruptibilité. Le rêve du saint, de l’ascète, est de ne plus éprouver aucune passion, de se suffire à lui-même, de devenir immobile faute d’être immortel. À l’inverse, avec l’idée chrétienne de la corruption, ce qui était une envie naturelle est devenu une tentation honteuse (1519).

Así, la corrupción no sólo revela la sumisión del hombre a sus afectos y deseos, sino que lo expone al mundo, a los otros y a sí mismo, lo vuelve flexible, atento a su entorno, adaptable, esperanzado y consciente de su ínfimo lugar en el cosmos sabiéndose atrapado en el corsé de la variabilidad y el cambio

(1241). Para explicar esta posición Koenig retoma la distinción de Mandeville en su tercer diálogo: el hombre *íntegro* o *indolente* y el *corrompido* o *activo*. Mientras el primero se retira del mundo merced a su permanente actitud justiciera y purgativa recelando a los otros en su concupiscencia, el activo se acomoda al cosmos, persigue la ilusión de la sobrevivencia, no es un asceta, es un hombre de carne y hueso que se sabe débil, gozoso y caído pero rodeado de otros seres tan humanos como él con quienes convive en un “perpétuel rapport de force” (240).

Tras ejemplificar sus argumentos con personajes clásicos de la literatura francesa e inglesa en obras de Proust, Capote o Balzac, Gaspar Koenig parece llegar a la misma conclusión acerca de la corrupción que Frédéric Monier: “[il] nous faut admettre qu’il n’existe pas de société sans corruption: le propre de l’ère contemporaine, après la mort de Robespierre, est justement la poursuite politique de cet objectif moral inaccessible” (73). Dicho en palabras de Koenig: “dans la illusion éternel de l’idéal de pureté et bonne conscience” (1216), o con una concluyente alegoría: “le rocher de Sisyphe de nos sociétés” (Gomez, Matelly 54).

Hasta aquí el grueso resumen de un ideario que piensa la cuestión que nos atañe desde perspectivas diferentes a las hegemónicas en el campo de la investigación, renovadas meditaciones que intentan desentrañar por qué algo tan aparentemente nefasto en el tejido de una sociedad no se ha podido erradicar tanto ni a nivel individual como colectivo, cuáles son sus implicancias en las circunstancias de vida reales de los ciudadanos y porqué pese a ser objeto de duras críticas morales, la corrupción y quienes la ejercen producen fascinación en el hombre de a pie, tal como lo demuestran los anaqueles de la historia literaria o un simple zapping por las plataformas de streaming en las que priman series y films de culto como *El padrino*, *Narcos*, *Griselda*, o nuestras hispánicas y exitosas *Casa de papel* o *Entrevías*:

Les grands corrompus présentent le miroir grossissant d’un système qui s’étend à la société entière ; les sociétés sont corrompues parce que les individus préfèrent l’expérience aux principes abstraits ; les individus succombent aux tentations parce que le corps et ses désirs leur en montre la voie. En un sens, cette triple corruption [del individuo, de la sociedad y del cuerpo] n’est que la préfiguration de celle qui nous attend dans



la mort, dissolution plus radicale que les autres, corruption qui ne laisse même pas subsister le corrompu (Koenig 2579).

En este contexto, nos aventuramos a pensar, que, si las hagiografías llegaron a constituir un género literario, hoy estamos asistiendo como nunca a una fascinación acerca de su inverso: los demonios, y entre ellos, los corruptos como centro del relato. Estas *corruptologías* vienen a presentarnos toda una gama de villanos en la que los grises y la ambivalencia ganan la partida: nadie es tan limpio y puro, ni malvado o santo, nadie es ajeno a los tejes y manejes del poder y todos, cada uno a su manera, buscan tanto su propia redención, como la de su entorno, tal como demuestra la protagonista de la segunda y última novela de Ángeles Salvador: Stella Maris Blanco, una presidiaria de cincuenta años que recuerda su vida inmersa en la corrupción rioplatense dónde, por igual, los sobornos, el clientelismo y el tráfico de influencias moldean las relaciones de artistas, políticos, periodistas y madres abnegadas.

### **La última fiesta... (de Stella)**

Tras el éxito de *El papel preponderante del oxígeno* (2017), Ángeles Salvador publica *La última fiesta* (2021), el relato de una mujer en primera persona que rememora su vida desde que conoció a su exmarido hasta el momento en que se encuentra encarcelada por el asesinato de una prostituta durante la fiesta de sus cincuenta cumpleaños en Punta del Este. El acto memorialístico va tejiéndose sin perder de vista esa “última fiesta” de la protagonista, pero alternando en la narración de su vida antes del evento, las usuales conversaciones de sobremesa con su cónyuge en restaurantes de lujo y los audios telefónicos de un político corrupto llamado Color y de sus secuaces aportados a la causa judicial. Este entramado textual va develando el trasfondo de corrupción que ha envuelto la vida de Stella y su marido Guillermo en la Argentina de los 90. Desde el primer párrafo la novela apela en los colores evocados y el nombre de la mujer muerta a todo un imaginario de pureza y suciedad:

Cuando me preparaba para los mejores días de mi vida vinieron los peores. Me llamo Stella Maris *Blanco* y cada mañana, cuando me despierto en esta celda que hice pintar de *amarillo*,

me arrepiento de haber organizado la fiesta de mis cincuenta años porque por esa fiesta ya no veo el mar. Hace tiempo planeo contar esta historia, pero, para ser sincera tuve que esperar a que me dejaran de temblar las manos, por la secuela de la sobremedicación que me dio la psicóloga la mañana en la que *Luz Paredón* apareció muerta en mi dormitorio (3, cursiva nuestra).

El apellido de la protagonista condensa irónicamente un destino que no se ofrece justamente como cándido y puro, pues la ha conducido a la cárcel, y el color amarillo de las paredes de la celda transmite la idea de luz, diversión y alegría, mas también conlleva connotaciones culturales asociadas fuertemente con la mentira, la arrogancia, lo prohibido y la discriminación, ya que en la Edad Media y en la Alemania nazi fue el color de las insignias segregacionistas y en la actualidad la tonalidad elegida para marcar el peligro, el riesgo, la clausura, la advertencia y el sensacionalismo (Eva Heller 2020). Por su parte, el nombre de la chica fallecida coliga la razón de la historia: echar *luz* sobre el crimen que ha llevado a Stella al *paredón*, a la reclusión y condena. Una vez declarada su condición de presidiaria, Stella, escribe su historia repasando “cada uno de los acontecimientos, declaraciones, pruebas audios, motivos, conexiones y erratas de mi historia y del caso” (3) y abre así un espacio de memoria a partir del costo que significa el encarcelamiento: no volver a ver el mar. Dicha rememoración es asumida por ella como un “infierno sin sentencia, sin opinión, sin misterio ni gracia” (3) ya que, tal como ella misma declara, lo único que le queda es “arrepentirse” aunque no sepa de qué ni cuándo comenzó ese “equivoco” o “malentendido” que la privó de su Finca en Uruguay, sus fiestas de lujo, sus salas de embarque internacionales, sus amantes de entretimiento o los célebres restaurantes gourmet de la ciudad porteña.

Esta incompreensión de Stella sobre su caída en desgracia se explica a través de lo que Koenig llama la “fiction du pacte” en los contextos de corrupción, es decir la idea hegemónica de que los individuos son capaces de sustraerse en virtud de su férrea excelencia moral a la firma de un contrato en el que se abandonarían a la inmoralidad. Según el filósofo esta figura no es más que una fábula literaria agigantada por los puristas de la moral que, a fuerza de vivir en sus ermitas no deben compartir su pan en las reales interacciones humanas. En esta ficción, los

firmantes se pierden sin redención posible a lo largo de siete compases: desilusión idealista, tentación, firma, aprovechamiento de lo obtenido, caída, arrepentimiento y ruptura del pacto.

La configuración de este espacio simbólico donde emerge la corrupción ha servido de marco para la mayoría de las ficciones y estudios, tal como lo acreditan obras que van desde el *Fausto* de Goethe a *La fiesta del chivo* de Vargas Llosa o análisis académicos como los de Rocco Riggieri en *Crime in Literature: Sociology of Deviance and Fiction* (2003). En casi todas las ficciones se presupone un tiempo idílico anterior. Por el contrario, el mérito de Salvador es construir un personaje femenino a la altura de una mujer ordinaria que fue ajustándose a sus circunstancias aceptando mandatos que la precedían y persiguiendo sus sueños: vivir mejor, tener un hijo y, sobre todo, “garantizar amor a mi alrededor” (5), dado que ese “tiempo idílico” no es más que una quimera, nunca hay un momento límpido previo a una desviación, lo único que hay es un instante en que uno de la podredumbre “se puede escapar, pedir ayuda, perdonar o matar” (Salvador 154).

La “incomprensión” de Stella con respecto a su devenir no sólo acredita la *ficción* del pacto desentendiéndose de sus elementos o momentos constitutivos, sino que también se reafirma con el tipo de escritura que se despliega en las páginas: escueta, urgente, precisa y descriptiva, destinada a entregarle al lector detalles materiales (cantidad de invitados, nombres de lugares, cantidades, descripción de recetas, etc.) y las motivaciones y pensamientos directos de Stella al respecto de cada situación o persona, como cuando sin tapujos asume que quienes la rodean lo hacen por fidelidad familiar (su prima Fabianita), por habladuría (los periodistas), hambre e interés (artistas) o beatería (policías). La remembranza de esta esposa de un médico provinciano que llega al congreso argentino como diputado de la franja política desfavorecida del país urdiendo una fortuna a base de influencias bienvenidas y sobrepresupuestos en la compra de material médico (máquinas de diálisis) para la sanidad pública no plantea una *memoria ejemplar* al modo que la piensa Todorov (31-50), es decir, liberadora, justiciera de un pasado escandaloso que, en tanto fábula moral, denuncia los delitos perpetrados para extraer una lección de ética. En contraste, Salvador edifica una voz femenina fuerte, clara y sin el más mínimo atisbo de vergüenza hacia unos hechos que están

totalmente acompañados con la época que les toca en suerte: la corrupción explayada y consentida a lo largo y ancho de toda la sociedad rioplatense de los años noventa, principalmente en la Argentina menemista, cuya frase, “pizza y champán” acuñada por Jorge Lanata –y posteriormente analizada por Silvina Walger– describiría la nueva y poderosa clase social surgida durante el mandato de Carlos Saúl Menem y que, se caracterizaría justamente por estar formada por flamantes fortunas nacidas de las privatizaciones fraudulentas, el transfuguismo político, el favoritismo entre empresarios y funcionarios y una regenerada clase política que proviene del interior del país con un amplio apoyo por parte de artistas e instituciones culturales (Sarlo, Tabachnik, entre otros). En este contexto, el título de la novela reclama no solamente ser leída desde lo argumental (la última fiesta de Stella) sino también desde la pintura ofrecida por Silvina Walger. Sin lugar a dudas, la ascensión social de Stella y Guillermo, los negociados clientelistas, el tipo de relaciones que entablan con quienes los rodean y sus capacidades para sacar provecho de cada situación (saber médico, infidelidad, encuentros casuales e incluso pérdida de embarazos) recrean a pequeña escala la experiencia de un país en el que la ilusión de la fiesta y el sueño de la política atravesaba todas las esquinas (públicas y privadas) de un territorio recientemente democratizado:

La política le había gustado desde chico [a Guillermo]. Algo de la albricia de la democracia argentina, en el 83, repercutió como un gong metálico en un Guillermo adolescente que se sentía en la entrada de un boliche, tras las vallas, en la vereda, esperando que un tarjetero, alguien, lo dejara pasar. Guille entonces estrenaba identidad sin sigla y sin nada, sin armas ni prontuario, sin humo de clandestinidad, tratando de democratizarse él mismo, junto con sus compañeros, más para trazar un recorrido que los llevara rápido al poder por el que bramaba el momento que por afinar el tono (10).

Si bien los vicios de la joven democracia de Alfonsín y Menem planean en la cita, Salvador no excusa a sus protagonistas en la inexperiencia, sino que señala la avidez de poder que desprende todo cambio de ciclo político una vez que la libertad se impone y con ella un cambio de sistema con su

consecuente espectro de oportunidades<sup>5</sup>. Esta apreciación será crucial y abre un abanico de posibilidades en la novela, pues no es la impericia propia de una política adolescente la que hace germinar la corrupción ni los cambios regenerativos tras un periodo sombrío y de ultraje como la dictadura (según la ve Monier en la corrupción parlamentaria) sino la naturaleza misma de hombres que se *aggiornan* a su coyuntura histórica. Aquí la pareja de *La última fiesta*, se distancia de aquellos protagonistas *insiliados* del sistema en el que viven por considerarlo putrefacto, al contrario, poseen una aguda conciencia de ese distanciamiento y han hecho de ese desapego un valor y una natural práctica ético-política que los ha empoderado y permitido navegar en la comunidad con honores sociales (premios, reconocimientos, aplausos, votos), administrativos (cartas de recomendación, sanciones legislativas) y financieros (fondos de inversión en paraísos fiscales, propiedades en barrios selectos de Argentina y Uruguay y obras de arte costosísimas). Las conductas amiguistas y arrivistas normalizadas en Stella y Guillermo van agigantando sus proyectos públicos (incluso privados: terapias de fertilidad) a fin de influir para que él obtenga un cargo de diputado, primero y la carrera presidencial después, en un claro gesto de ligazón entre prácticas empresariales y descomposición del Estado: “La segunda tanda de máquinas de diálisis a buena escala fue para el sector privado: que es el mejor negocio estatal. El estado es el parásito, Stella, no te confundas, me decía siempre cuando discutíamos de política y corruptela” (104).

A diferencia de las propuestas radicales de la lucha anticorrupción, lejos también del didactismo de la novela

---

<sup>5</sup>Cabe recordar las discusiones que existen en torno a los picos de corrupción experimentados por las democracias hispánicas que siguieron a etapas dictatoriales, tales como el menemismo en Argentina, la Transición española, o los gobiernos de Lagos en Chile. Según teóricos como Hunneus y Emiliano Espinosa, “legalmente la corrupción no existe en las dictaduras, sino que surge con la democracia, pues en ésta se dan las condiciones para que se conozcan los hechos porque la oposición puede controlar al gobierno, la prensa tiene la posibilidad de informar de ello y los órganos fiscalizadores actúan con mayor libertad” (Hunneus 2002). Apreciación heredera de pensadores franceses como Jules Michelet para quien la corrupción moderna nació después de la Revolución: “*corruption publique*” fut le “*mal naturel d’un peuple esclave lancé tout à coup dans la liberté*” (233). Contrariamente a esta idea, otros sociólogos como Orwell (1992) piensan que la corrupción o la probidad son fenómenos que existen siempre en una sociedad independientemente de un régimen u otro, pues sostener lo contrario significaría subordinar la ética al formalismo legal y la relación debe ser la inversa (Orellana Vargas 2004).

criminal con policías honestos capaces de resolver un crimen sin mancharse y enfrentándose a un sistema descompuesto, la literatura argentina, parece recalar en la dificultad de crear un relato policial con este tipo de estereotipos, quizás por razones de verosimilitud –explica Osvaldo Aguirre– pero la idea de un paladín de la incorruptibilidad como personaje literario en el panorama nacional es una figura “impracticable” (Aguirre 2020). En este sentido, Salvador adscribe a esta tradición del policial argentino sirviéndose del género (la dilucidación de un crimen) pero introduciendo varias novedades, tanto a nivel orgánico como a nivel de contenido. En primer lugar, porque la investigación que se nos propone como lectores no es de tinte policial sino íntimo: es el proyecto de escritura y rememoración de la propia imputada que, retirada en su celda, inicia un proceso de redacción y recuerdo personal que pondrá en escena la descomposición del sistema que la condenó y de la clase social a la que pertenece en paralelo con su propia debacle conyugal y corporal borrando toda distinción entre la esfera pública y la esfera privada. La relación aseptizada que mantiene Guillermo con Cecilia, su asesora política y amante por quien abandona a Stella tras casi treinta años de matrimonio contrasta con el sobresalto que ellos han mantenido desde el día que les impusieron casarse de “apuro”, porque “se habían portado mal” y los “habían castigado” (9). Este origen *corrompido* de la institucional marital (casamiento religioso gracias a la “donación” al cura y firma del pacto civil por imposición parental) es equidistante al futuro como pareja privada (nunca podrán tener hijos pese a todos los intentos y tratamientos) y como dupla pública (divorcio y escándalo mediático). Asimismo, el cuerpo joven y bello de Luz Paredón disiente desde el inicio con los cincuenta años de Stella y una fiesta de cumpleaños en su Finca de Punta del Este que –pese a anunciarse con muy buen tiempo y bandera verde en la playa– termina con un tiroteo inexplicable y un cadáver en la habitación de la anfitriona.

El cuerpo inerte de Luz marca el fin de la fiesta de Stella y su paso a otro tipo de vida, una vida de presidio civil pero de libertad corporal, creativa y anagnórica ya que es en la cárcel donde paradójicamente conoce a personas libres como su amante lesbiana (la Maia), donde escribe ella misma la historia, donde se le revela cómo su vida fue un encadenamiento de malversaciones propias que le obturaron la visión de las trampas



y la putrefacción ajena; de allí que se pregunte cómo no pudo darse cuenta del momento en que su hermanito muere frente a ella, cómo no se dio cuenta de que Guillermo nunca llegaría a la presidencia, de que él la engañaba con Cecilia, de que Color no socorrería a Guillermo en su desastre político, ni que los periodistas la ayudarían a publicar fotos y documentos comprometedores de Guillermo por morbo y no por voluntad de regeneración democrática<sup>6</sup>:

Tampoco pude darme cuenta de que yo no estaba engañando a Luisito en ese juego idiota de cartas, y que simplemente él se estaba muriendo enfrente mío. No vi, en el momento climático del espectáculo, que su alma se estaba despidiendo de este mundo convertida en un monstruo agonizante, solo por estar preocupada en perfeccionar mi trampa de quiromancia. Lo mismo que hice después, lo mismo que hice la noche de la fiesta (154).

Este momento de agnición, que tradicionalmente aparece en el policial cuando una prueba material extraviada es encontrada, cuando un testigo decide hablar, o cuando la inteligencia del investigador (detective, policía o periodista) ata los cabos necesarios para construir un razonamiento lógico, en este caso, viene dado por la autoexploración y sinceramiento de la protagonista a partir de un yo abatido, que, tratando de purgarse (158), necesariamente se ve abocado a instalarse en la recreación y el escrutinio de sí mismo. Así, y mediante una utilización explícita de la ficción autobiográfica –género por antonomasia de lo afectivo, de lo íntimo e incluso de lo femenino–, Stella se exhibe y a la vez se encubre bajo una primera persona que, más que buscar determinar el asesino de Luz Paredón, indaga para buscarse a sí misma en ese entorno tan corrompido como natural para el intercambio: “porque cuando una empieza a ser dueña de “no comerse ni la punta”, como dice la Maia, es verdaderamente libre, libre entre cuatro paredes, como siempre”(157). Esta concepción de una libertad imposible es la que atraviesa la vida de Stella (y en definitiva de toda la

---

<sup>6</sup>Stella indignada ante el adulterio de Guillermo filtra fotos *sensibles* de él con el presidente o de él desnudo e informa a un periodista acerca de los negociados con el laboratorio Praxon, los fondos derivados de la campaña electoral y las bolsas adulteradas y estoqueadas de líquido para hemodiálisis.

sociedad), quien desde siempre se ha manejado naturalmente con la norma del *don*, tan bien teorizada por Marcel Mauss y en la novela representada por el mandato educativo materno en el que Stella es educada (como también Guillermo): su madre es una altruista de los regalos y ha hecho de este hábito un sistema familiar y una educación comportamental para su hija enseñándole que para *recibir* siempre hay que *dar*, que para ser aceptado hay que entregar algo a cambio y que el ritual de los regalos crea relaciones de fidelidad y felicidad compensando las injusticias que depara la vida: “Yo pienso que lo que buscaba [la madre] era que alguna vez, cuando alguien abriera una de sus sorpresas, apareciera algo, algo exclusivo para ella, una respuesta que la conmoviera a la pregunta de por qué a mi Luis” (27).

El intercambio de bienes y servicios (dinero, firmas, influencias, sexo, etc.) y la ritualidad de ciertas ceremonias (organización de fiestas en el verano esteño con las celebridades de turno, comidas en restaurantes famosos, fornicaciones matutinas o extramatrimoniales) se convierte entonces en la norma comportamental de Stella a lo largo de sus treinta años de matrimonio: su función social y de seducción en esta *power couple* es evidente y crucial:

Lo arrastré a Guillermo noche tras noche por las mejores mesas de Bs As. Íbamos creciendo y encajando. Nos definía aquello que yo inventaba, nos definían el paladar, las veladas y los saludos de los mozos, noches hasta las tres o cuatro de la mañana.

Guillermo entendió que así también podía hacer política. Que podía hacer negocios de salud (16).

La incuestionable alianza entre fiesta, política y negocio se funda en sólo tres obligaciones que guían a Stella, Guillermo y su entorno: dar, devolver, recibir. Toda relación laboral, de amistad o incluso de amor no puede escapar a esta moral. Nada es gratis en el mundo de *La última fiesta* no porque todo se pueda pagar (este es el caso de Fina, la empleada doméstica que la pareja se disputa en el divorcio), sino porque todo se da y se devuelve, lo que Mauss llamó *potlatch*, un término que caracteriza un vasto sistema de intercambio en la escala de toda una sociedad. Como en las tribus de Polinesia y Melanesia estudiadas por Mauss, Stella y Guillermo se mueven en una red compleja donde en tanto donantes y receptores deben continuar interactuando

indefectiblemente, pues nunca podrán salir: ni Stella en la cárcel ni Guillermo en la muerte, ya que hasta muerto Guillermo y Luz son negociados por Stella y sus deudos en diferentes formas: la madre de Luz en la televisión, el partido de Guillermo distanciándose de su herencia, y, sobre todo la recurrente fantasía de Stella de fornicar en la playa con los cuerpos terminales de Luz y Guillermo (ambos fallecidos, una por asesinato y el otro por cáncer) da testimonio de esta imposibilidad.

Instalada en el corazón de la historia, la corrupción afecta a todos los personajes de distintas maneras, significativo en este sentido, es el objetivo con el que Luz se prostituye: conocer desde adentro este tipo de fiestas para escribir un libro, el libro, que, paradójicamente, termina escribiendo Stella. La corrupción, sostiene Koenig en la tercera parte de su análisis, encuentra su fuente en lo que nos es más íntimo que nuestra conciencia: el cuerpo (2288) porque esto no es solamente un asunto de dinero: “c’est une question de vie ou de mort; plus precisement de vie *et* de mort” (2287, cursiva en el original). En este punto es esencial recordar que son tres los sentidos que cruza la palabra corrupción desde la Antigüedad: 1) alteración, progresiva e ineluctable de un ser natural, 2) impureza, suciedad y mancillamiento, 3) enfermedad, hoy traducida en un sugestivo campo lexical político: “cáncer”, “plaga”, “gangrena”, “calamidad”, “peste” (Ménissier). No es fortuito que Guillermo sea médico, que muera de cáncer y que el gran fracaso de la pareja sea la infertilidad, justamente aquello que no puede ser sometido a las leyes de la corrosión, por ser lo abortado desde el origen; ni tampoco intercambiado según el código del *potlatch*. Salvador retoma aquí el sentido de la corrupción en su acepción más antigua: la corrupción de la carne. Después de la prevaricación y la degradación moral, la corrupción primigenia: la metástasis de Guillermo y la putrefacción del cadáver de Luz. A lo que se suma el libertinaje sexual en todas sus prácticas: meretricio, homo y bisexualidad, orgías, acoso y apodysofilia (streaking, anasyrma, dogingg, topless). Todos los cuerpos huelen (Guillermo sufre de halitosis y Stella de incontinencia), fornican, lloran, se pudren, se emborrachan, se intervienen (fecundaciones in vitro, tratamientos de fertilidad, cirugías estéticas), disfrutan: en definitiva, se corrompen, se intercambian por otra cosa y se abren a experiencias diferentes. Los cuerpos de la novela son promiscuos y hedonistas, son

*libertos* en la acepción primitiva del latín *libertinus* que significa “hijo del liberto”; es decir, el hijo de un esclavo romano que había comprado la libertad a su patrón. Lo que prevalece aquí no es la idea de degradación sino la de permuta y transacción, fundamento que la novela lleva al extremo en la figura de las muestras de semen de los trillizos:

El tema de la muestra genética del semen de los trillizos se disparó como una curiosidad en los medios de Uruguay y Argentina: en los noticieros no se cansaban de explicar el desafío que significaba para la policía científica y los peritos de parte identificar cuál de los trillizos había eyaculado en su cuerpo [el de Luz] (152).

Los hermanos Plano se encargan de ejecutar las decisiones más “delicadas” de Color, por ejemplo, la de infiltrarse en la fiesta de Stella como invitados, coquetear con ella y perpetrar algún crimen (robo de un cuadro, quizás) que la desautorice públicamente y la borre del frente mediático para evitar que ella vuelva a “cantar” algún otro asuntillo turbio que empañe su ascenso político (Audio N° 20). El error íntimo de Stella por despecho (publicar las fotos de Guillermo) se convertirá en su gran crimen, pues es ese el motivo que finalmente la conduce al correccional. Color ve en ella una amenaza y envía los trillizos para desactivarla, aunque en el camino se topan con Luz, la extorsión de la madre de Luz a Color y la decisión de este último de ordenar el asesinato de la joven: “Me dice que la uruguaya la mira con ganas [palabras de la madre de Luz a Color] Si habla de mí, mátenla” (135).

El sexo y la muerte se empalman aquí como las dos formas primordiales de la corrupción:

Après le sexe, la mort est le point extrême de cette dissolution de soi, quand le lien secret qui maintient ensemble les organes, tissus et cellules se défait, et qu'ensemble se disperse à nouveau dans la nature (...) la mort est le moment du déséquilibre où les forces vitales ne peuvent pas contrôler le flux continue de la matière. Mourir, pourrir: stade ultime de la corruption (Koenig 2312).

Así, si la corrupción finaliza sólo con la muerte, la posibilidad de atacarla con las leyes humanas vuelve a ser – tomando prestado el término de Aguirre– *impracticable*, tal

como sigue ocurriendo con Stella, quien accede en la cárcel al sexo con Varela (el comisario del caso) y la Maia tras comprender que ya está simbólicamente muerta, que no tiene nada material que mercadear, puesto que ahora ya lo ha perdido todo, ya es impune porque “no siente amor” (156) porque no depende de nada ni de nadie, porque su gran libertad es ser dueña de su cuerpo y su deseo “[lo maravilloso] es no tener que dar nada a cambio, porque el cambio estaba incluido en mí (...) Y la moneda de cambio con la que yo pagaba era la misma que siempre recibía, porque la fuente de deseo era yo y nunca ella” (156). Esta relación sexual unidireccional (es sólo la Maia quien le da placer a ella, pues ella nunca lo hace para Maia) encarna metafóricamente la *indolencia* de la protagonista, su único momento de integridad e incorruptibilidad, justamente porque ya sólo se puede imaginar como cadáver, por eso le reza a la Virgen de Guadalupe, para que Color no la devuelva al Río de la Plata (–Ya sé, esto es el Río de la Plata, bien ancho para que sigan tirando cadáveres.)” y para que –como dice en la frase final– “la oscuridad que ya veo no se trague los tres planos de mi luz estelar” (163).

Con un estilo que alberga una prosa extremadamente sensorial y emotiva al mismo tiempo que cuantitativa y artificial (Allasino, 2022), el texto resalta los matices más escabrosos y puros de la intimidad de una pareja ambiciosa y del poder que los rodeaba. Hasta este nivel se labra la retirada de la mirada de Salvador a la corrupción de los espacios más íntimos del ser humano condensando en una vuelta de tuerca el policial y la novela romántica, el *bildungsroman* y la introspección de la ficción intimista a través de una protagonista que es víctima y sospechosa, culpable e inocente, incauta y flagelada, pervertida y honesta; como también detective y testigo en una fiesta tanto propia como ajena. La obra de Stella nace de un *input* ficcional, pero se retrotrae a la investigación real del homicidio de Luz mientras se funde con su propia historia de vida a fin de esclarecer el complot de alguien con demasiado poder como para exhibirse: Color es aquel *Deus ex machina* prácticamente ausente hasta el final. En este sentido, coincidimos con la clave de lectura propuesta por Florencia Ure y Santiago Llach quienes acertadamente vinculan ese desentrañamiento escritural hecho por Stella del complot de Color con las reflexiones de Ricardo Piglia en torno a la literatura como conspiración, es decir como fabulación de mundos posibles, universos de un guion pretérito a futuro destinado a la escenificación. Sin lugar a dudas, el

procedimiento llevado a cabo por Ángeles Salvador se inscribe en este horizonte de conjura; así, leemos a Stella describiendo su Finca: “La iluminación dentro de la casa tenía el tratamiento estratégico que un novelista le da a la mentira, por eso la iluminación provocaba una huelga de realismo y los destellos eran tan pocos, pero tan inquietantes” (29).

Salvador expone en este “teatro” a los personajes desde una mezcla compleja de virtud y corrupción mostrando actitudes dulces y sublimes junto con gestos heréticos y manipuladores, en un intento por construir una alianza basada en una pantomima de incorruptibilidad moral. La virtud y la corrupción se entrelazan, estamos ante seres capaces de proferir palabras ansiadas y dulces, gestos sublimes y heréticos, coimas irrenunciables, o coitos inolvidables; todo con el fin de tejer un lazo secreto, un simulacro de confianza que genere una alianza capaz de hacer creer a los Otros otra verdad, una fábula de incorruptibilidad blanqueada por una moral tan virtuosa, como insostenible. Por ello, el único carácter “honrado” es Luisito, aquel personaje corrupto desde su concepción, destinado a la urgencia de la muerte y al vacío: “Con el azar volcado por mí hacia mí, todo el partido se fue dando de forma natural. Luis no se dio cuenta de nada y le gané. Puso una carita de honradez en la derrota demasiado pura, demasiado franca. Y me avergoncé, pero ya era tarde para autoincreparme (52).

### **Para ir cerrando (y abriendo)**

Acertadamente Ure y Lach resumen la novela poniendo el acento en las “ganas de vivir”, ya que, como nos recuerda Koenig, no es por casualidad que llamamos “vividores” a los corruptos (2452):

Novela de política y galeristas chantas, de cafiolos improvisados, de ghostwriters y spin doctors, de campañas legislativas y robos de arte, de lujo y miseria, de política y corrupción, de amor y desengaño. Historia de vida, novela confesional con un aire a fin de siècle XX, especie de El jilgero de Donna Tartt en clave provinciana, minúscula, cruzada con Los reventados de Jorge Asís y algo de P. D James en su reverso de clase, en alianza con El extranjero de Camus al menos en esa voz magnífica que sale de la cárcel y cuenta un crimen, que puede ser el homicidio simple o el crimen acaso



más contradictorio y confuso que es la ambición o, simplemente, del deseo de vivir (s/p).

En efecto, *La última fiesta* de Ángeles Salvador nos retrotrae –en tanto denuncia histórica– al impulso de corrupción estatal y privada que vivió la Argentina de los '90 tras su transformación neoliberal (Antonelli 2004). Empero, aunque las tramas se centran principalmente en la era menemista y se conecte ese mundo con los resabios del kirchnerismo<sup>7</sup>, los vecinos uruguayos no salen tampoco indemnes. Según se ilustra, la opacidad corroe las instituciones y políticas a ambos lados del Río de la Plata alcanzando todas las capas de la sociedad: obreras, artísticas, periodísticas, policiales e incluso eclesiásticas.

Pero, más allá de la obligatoria lectura coyuntural –en términos estéticos y éticos– la obra abre también otro tipo de discusiones: El manuscrito de Stella constituye una reflexión de intimidad novelada que instauro una voz escrita y pública a un repertorio de voces orales y secretas, al mismo tiempo que encarna ejemplarmente las fobias de la salud y la pureza de la moral moderna en su civismo y corporalidad (promiscuidad, clientelismo, favoritismo, transfuguismo, traición, etc.), o, como lo diría Monier, viene a representar en su impudicia una resistencia a la Modernidad política, desde la radical concepción de Robespierre testamentaria de la Revolución Francesa: “[ce] qui est immoral est impolitique, ce qui est corrupteur est contre-révolutionnaire” (66). Esto, en la cavilación de Monier, ha significado un proyecto jacobino destinado al fracaso; aunque haya sido el impulsor de los valores cívicos a abrazar (meritocracia, transparencia, delación, condena, separación de los intereses públicos y los privados, etc.). Stella es, en este sentido, el ser en el que paradójicamente se conjugan todas operaciones de decencia propias de la civilidad: escarnio público (publicidad/publicación) y judicialización internacional (condena y regeneración del reo entre los sistemas penitenciarios de Argentina y Uruguay) al mismo tiempo que las reniega y las

---

<sup>7</sup>Guillermo es un fiel militante en los actos del Día de la Lealtad y cuando Stella imagina algún lugar donde fugarse juntos dice “[h]ubiera mentido por él, hubiera matado por él, hubiera huido de ese restaurante con él, en su auto o en el mío, a empezar una nueva vida en Colonia, o más lejos: en la Rioja o la Patagonia, ahí donde él consiguiera una muestra de lealtad” (119).

vuelve inverosímiles (ficción), ya que es víctima de otra operación mayor e incorpórea: el complot de Color.

De esta manera, *La última fiesta*, asume la difícil tarea de pensar los entretelones de la corrupción desde la humanidad de una heroína pecadora que ahora políticamente es puro residuo, individuo y cuerpo pútrido en una sociedad cuya *naturalidad* es la de ser corruptora y corrompida: “La corruption constitue l'état naturel de l'homme pécheur; seule une intervention divine peut l'en délivrer” (Kœnig 1498), intervención que irremediablemente, ejecuta la sacralidad de la ficción literaria. La novela interpela a través de la imagen de Stella como *chivo expiatorio* y de Color como *Dios* la naturaleza misma del orden puro y preestablecido que supone la corrupción apuntalando la gran pregunta: ¿Cuál es el orden de lo virtuoso? y ¿Quién lo determina? Las respuestas variaron en la historia, y no siempre significaron justicia y humanidad, tal como recuerdan De France y Gomez trayendo a colación, que, por ejemplo, para Sócrates o la Inquisición lo corrupto era la desobediencia religiosa.

Crear un personaje femenino que –en paralelo– explye la tradición de los corruptos y descubra los vicios y virtudes de la práctica, es, por supuesto, el gran legado literario de Ángeles Salvador. Su invitación a pensar un problema macro desde un lugar tan íntimo, polémico, bastardo e incorrecto; su acierto histórico. La *fiesta* descrita en estas páginas encarna la contra utopía cívica de los manuales, los códigos penales y la moral pública haciendo prescribir también la utopía de que una tal celebración será –a nivel de sociedad– la *última*, pues si bien el espectáculo festivo concluye para Stella, la ceremonia continúa celebrándose afuera: los trillizos y Color se pasean impunes en mítines políticos, revistas y shows televisivos. La utopía de una comunidad impoluta en la que la fiesta de la degradación termine, no es más que – como lo señalan los teóricos aquí trabajados– una utopía que hace aguas por todos lados, porque habría que vivir aislados, contar con un Utopus fundador y con ciudadanos sensatos, circunspectos, bellos y vigilados. La novela lo muestra a la perfección: la fiesta de Stella termina cuando Color lo decide, lo que evoca una sombría tiranía, porque “[on] ne peut éliminer la corruption sans l'Incorruptible – et c'est là, généralement, que le drame commence (2622)”. Entonces resuenan las palabras de Color: “No me impresionan este tipo de

fiestas. Yo vivo pensando, por eso no voy a este tipo de fiestas. Pero ustedes tres sí. ¡Vayan!” (89).

Si bien, como hemos visto, erradicar la corrupción parece ser una utopía, tener un estado más o menos decente es un derecho humano central, tal como insiste el filósofo holandés Frans Geraedts, porque de ese Estado dependen las grandes decisiones que impactan a cada uno. Sin embargo, a la vista está que lamentablemente, las medidas de “limpieza” que se proponen hasta ahora “no han servido de mucho”. Para Geraedts las decisiones implementadas son muy generales, restrictivas, de vigilancia, centradas en el castigo personal y el monitoreo estatal, en definitiva, un cuerpo de preceptos que no sólo se ha mostrado inútil sino, contraproducente en muchos casos; por ello hay que replantearse la mirada en torno a este tema. Esto es lo que la organización Governance & Integrity intenta actualmente: renovar la labor de anticorrupción. A saber, en primer lugar, aceptar la naturaleza corruptible de los ciudadanos, acercarse a sus circunstancias personales, locales e históricas, para desde allí crear un “ethos del funcionariado” que inste a cada cual a superar sus propios vicios en pro de una confianza de mejora depositada en las instituciones y el Estado. Y, por último, tratar la corrupción no como eventos aislados o sobresaltos particulares sino como sistema, porque, como sistema, siempre hará lo posible para conservarse. Quizás ese sea el nuevo camino: posterior al naufragio de las políticas legislativas de regeneración, la confianza en la publicidad y los organismos transnacionales de transparencia –tal como piensa también Monier– ahora nos resta aceptar el desafío de “combinar una actitud idealista con un pragmatismo feroz” (Geraedts/Koenig), en la misma línea que Carole Gomez y Olivier de France cuando reclaman entender que “La corruption est donc condamnable du point de vue moral. Elle ne peut toutefois l’être du point de vue éthique, car elle constitue une conséquence strictement nécessaire de la conjonction de l’absence de contrainte démocratique, de la mise à disposition de moyens conséquents et de l’absence de gouvernance alternative crédible” (89). Decir esto, por supuesto no niega ni descuida los efectos sociales y políticos que conlleva la condena moral de la corrupción. Pensarnos como ciudadanos ante eventos inmorales en la  *cité* , es una forma de fundarnos como cuerpo social en torno a valores cívicos compartidos, reforzando ideas como las de colectividad nacional, de manera real o imaginada, con el sentimiento de una

decencia común. Empero, para resolver las consecuencias perjudiciales de la corrupción a gran escala es imprescindible comprenderla, incluidos sus efectos “positivos”. Esto presupone –según los intelectuales analizados– una *ética de la corrupción* a la que *La última fiesta* acaba de invitarnos a pensar.

### **Bibliografía**

Aguirre, Osvaldo. *Contraseñas: el crimen en la cultura argentina*. Bs As, UNIP, 2021.

Allasino, Manuel. “La última fiesta, el lujo y sordidez de una clase.” *La tinta*, julio 2022.

Antonelli, Mirta. “La democracia como efecto de archivo. El dispositivo instituyente de una década. Preludios del fin”. *Cartografías de la Argentina de los 90. Cultura mediática, política y sociedad*, editado por Mirta Antonelli, Córdoba, Ferreyra Editor, 161-186.

Cotten, Ana Clara Pérez. “Entrevista a Ángeles Salvador y ‘La última fiesta’”. *El quid de la Cuestión*, 2018.

Faber, Sebastian. “Filósofos contra la corrupción: ‘Tener un Estado decente es un derecho humano central’”. *La Marea*, entrevista con Frans Geraedts, 2 de agosto de 2016.

Funes, Mercedes. “Feminista en falta: el adiós a Ángeles Salvador, la escritora que mejor nos contó”. *Infobae*, julio 2022, s/p.

Koenig, Gaspard. *Les discrètes vertus de la corruption*. Paris, Grasset, 2009; versión digital. Las citas corresponden al emplazamiento en el ebook.

Gomez, Carole y Sylvie Matelly. “La corruption: phénomène ancien, problème nouveau?”. *Revue internationale et stratégique*, vol. 101, N° 1, 2016, 47-54.

Heller, Eva. *La psicología del color*. Barcelona/México, Gustavo Gili, 2020

Ménissier, Thierry. “La corruption, un concept philosophique et politique chez les Anciens et les Modernes”. *Anabases*, N° 6, 2007, 11-16.

Michelet, Jules. *Histoire de la révolution française*. Paris, Chamerot, vol. 7, 1847-1853. Aquí usamos la edición de Gallimard, 1939.

Monier, Frédéric. “La corruption politique: une histoire européenne”. *Cahiers Jaurès*, N° 209, 2013, 3-13, para un breve resumen historiográfico. Bibliografía general en Olivier Dard, Jens Ivo Engels, Andreas Fahrmeir et Frédéric Monier (dir.), *Scandales et corruption à l’époque contemporaine*, Paris, Armand Colin, 2014.

Monier, Frédéric. “La corruption, fille de la modernité politique?”. *Revue internationale et stratégique*, vol. 101, N°1, 2016, 65-73.

Orellana Vargas, Patricio. “Probidad y corrupción en Chile. El punto de quiebre”. *Polis*, N° 8, 2004, 2-40.

Pérez Cotten, Ana Clara. “Ángeles Salvador: ‘Creo que la política se emparenta con la creación artística’”. *Chubutline*, entrevista, 13 de septiembre de 2021, s/p.

Rocco Riggieri. *Crime in Literature: Sociology of Deviance and Fiction*. Londres, Verso, 2003.

Todorov, Tzvetan. *Les abus de la mémoire*. Paris, Arléa, 1998.

Ure, Florencia y Llach, Santiago. “‘La última fiesta’, de Ángeles Salvador, la última autora tardía de la Argentina”. *Pezbanana*, 22 de septiembre de 2021, s/p.

Walger, Silvia. *Pizza Champan: Crónica Fiesta Menemista*. Bs As, Espasa-Calpe, 1995.